

BIBLIOTECA
del HOGAR
CRISTIANO

**NOTAS
BIOGRÁFICAS
DE ELENA G.
DE WHITE**



ELENA G. de WHITE

Notas biográficas de Elena G. de White

Elena G. de White



Gral. José de San Martín 4555, B1604CDG Florida Oeste, Buenos Aires, Rep.
Argentina.

Índice de contenido

Tapa

Prefacio

1 - Mi infancia

2 - Mi conversión

3 - Luchando contra la duda

4 - Comienzo de mis actividades públicas

5 - Mi separación de la iglesia

6 - La desilusión de 1843-1844

7 - Mi primera visión

8 - Llamada a viajar

9 - Oraciones contestadas

10 - Actividades en New Hampshire

11 - Haciendo frente al fanatismo

12 - El sábado del Señor

13 - Matrimonio y actividades conjuntas

14 - Lucha con la pobreza

15 - Actividades en el oeste de Nueva York en 1848

16 - Una visión del sellamiento

17 - Providencias alentadoras

18 - Principios de la obra de publicaciones

19 - Visitando a la grey esparcida

- 20 - De nuevo a la obra de publicaciones
- 21 - En Rochester, Nueva York
- 22 - Avanzando bajo dificultades
- 23 - Traslado a Míchigan
- 24 - Actividades en el medio oeste: 1856-1858
- 25 - Pruebas personales
- 26 - Combatiendo las enfermedades
- 27 - Conflictos y victorias
- 28 - Entre las iglesias de Nueva Inglaterra
- 29 - Reclamando a los perdidos
- 30 - Viajando por el camino angosto
- 31 - Los que llevan cargas
- 32 - Un sueño solemne
- 33 - Obra misionera
- 34 - Planes más amplios
- 35 - A todo el mundo
- 36 - La circulación de la página impresa
- 37 - Actividades públicas en 1877
- 38 - Visita a Óregon
- 39 - De un Estado a otro
- 40 - Una visión del juicio
- 41 - La muerte del pastor Jaime White
- 42 - Fortaleza bajo la aflicción
- 43 - Restauración de la salud

- 44 - Trabajo con la pluma y la palabra
- 45 - Actividades en el centro de Europa
- 46 - Actividades en Gran Bretaña y Escandinavia
- 47 - En confirmación de la confianza
- 48 - Peligro de adoptar directivas mundanas en la obra de Dios
- 49 - Allende el Pacífico
- 50 - El primer congreso campestre en Australia
- 51 - El colegio de Avondale
- 52 - A través del sur rumbo al Congreso de la Asociación General de 1901
- 53 - En la capital de Estados Unidos
- 54 - En el sur de California
- 55 - El terremoto de San Francisco
- 56 - En el Congreso de la Asociación General de 1909
- 57 - Labores finales
- 58 - La última enfermedad
- 59 - El servicio fúnebre de Elmshaven
- 60 - Un servicio a la memoria de la Sra. de White en Richmond, California
- 61 - Los servicios fúnebres de Battle Creek

Notas biográficas de Elena G. de White

La trayectoria de una mujer de visión

Elena G. de White

Título del original: *Life Sketches of Ellen G. White*, Pacific Press Publishing Association, Boise, ID, E.U.A., 1981.

Dirección: Aldo D. Orrego

Traducción: *Staff* de la ACES

Diseño del interior: Marcelo Benítez

Diseño de la tapa: Nancy Reinhardt, Nelson Espinoza

Ilustración de tapa: ACES

Libro de edición argentina

IMPRESO EN LA ARGENTINA - Printed in Argentina

Primera edición, e - Book

MMXX

Es propiedad. © 1981 EGW Estate. © 1981 Pacific Press Publishing Association.

© 1995, 2020 Asociación Casa Editora Sudamericana.

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723.

ISBN 978-987-701-325-2 (Obra completa)

ISBN 978-987-798-257-2

White, Elena G. de

Notas biográficas de Elena G. de White: La trayectoria de una mujer de visión / Elena G. de White / Dirigido por Aldo D. Orrego. - 1ª ed. - Florida: Asociación Casa Editora Sudamericana, 2020.

Libro digital, EPUB

Archivo digital: Online

ISBN 978-987-798-257-2

1. Vida cristiana. 2. Biografías. I. Orrego, Aldo D., dir. II. Título.

CDD 248.408

Publicado el 25 de agosto de 2020 por la Asociación Casa Editora Sudamericana (Gral. José de San Martín 4555, B1604CDG Florida Oeste, Buenos Aires).

Tel. (54-11) 5544-4848 (Opción 1) / Fax (54) 0800-122-ACES (2237)

E-mail: ventasweb@aces.com.ar

Web site: editorialaces.com

Prohibida la *reproducción total o parcial* de esta publicación (texto, imágenes y diseño), o, imágenes y diseño), su manipulación informática y transmisión ya sea electrónica, mecánica, por fotocopia u otros medios, sin permiso previo del editor.

Prefacio

La historia de la experiencia cristiana relativa a los primeros años de la Sra. Elena G. de White, y el relato de sus labores públicas, fueron publicados por primera vez en 1860, en un pequeño volumen de trescientas páginas titulado *Mi experiencia cristiana, mis opiniones y mis actividades en relación con el surgimiento y el progreso del mensaje del tercer ángel*.

Esta narración de su vida y actividades hasta 1860 fue ampliada por ella misma, y se volvió a publicar en 1880 como parte de una obra mayor titulada *Life Sketches of James White and Ellen G. White*. Este libro, así como la autobiografía anterior, han estado agotados por mucho tiempo.

En este volumen se encontrará, narrada por su autora, una breve historia de los días de su niñez, su conversión y su experiencia cristiana de los primeros tiempos en relación con el gran movimiento que proclamó la segunda venida entre 1840 y 1844. Ella cuenta de manera vívida las aflicciones y los gozos de su ministerio juvenil en los años siguientes. Describe las pruebas, las luchas y los éxitos que coronaron las labores de unas pocas personas sinceras, y mediante cuyos esfuerzos surgieron las iglesias que más tarde se unieron para formar la Iglesia Adventista del Séptimo Día.

La autora nos relata sus más extensos viajes y sus labores relacionadas con su esposo, el pastor Jaime White. Comienza con su casamiento en 1864, y termina con la muerte de su esposo en 1881.

La historia de su vida la continúa C. C. Crisler en el capítulo 42, quien, con la ayuda del hijo de la Sra. de White, W. C. White y D. E. Robinson, completó la biografía.

Muchos incidentes interesantes de sus viajes y actividades son narrados brevemente en los capítulos finales, a fin de dar algunas de sus declaraciones más inspiradoras e instructivas relacionadas con el desarrollo de la experiencia cristiana, y el deber que todo seguidor de Cristo tiene de ser un verdadero discípulo de Aquel que dio su vida por la salvación del mundo. Las páginas finales presentan un relato de su última enfermedad y del servicio fúnebre en su honor.

Puede decirse con toda certeza de la Sra. de White: “Hizo cuanto pudo”. La suya fue una vida llena de inspiración para todos aquellos que se hallan empeñados en la tarea de la salvación de las almas.

Los editores

Capítulo 1

Mi infancia

Nací en Gorham, población del Estado de Maine, Estados Unidos, el 26 de noviembre de 1827. Mis padres, Roberto y Eunice Harmon, residían desde hacía muchos años en dicho Estado. Desde muy jóvenes fueron fervorosos y devotos miembros de la Iglesia Metodista Episcopal, en la que ocuparon cargos importantes, pues trabajaron durante un período de cuarenta años por la conversión de los pecadores y el adelanto de la causa de Dios. En ese tiempo tuvieron la dicha de ver a sus ocho hijos convertirse y unirse al redil de Cristo.

Infortunio

Siendo yo todavía niña, mis padres se trasladaron de Gorham a Portland, también en el Estado de Maine, donde a la edad de nueve años me ocurrió un accidente cuyas consecuencias me afectaron por el resto de mi vida. Atravesaba yo un terreno baldío en la ciudad de Portland, en compañía de mi hermana gemela y de una condiscípula, cuando una muchacha de unos trece años, enfadada por alguna cosa baladí, nos tiró una piedra que vino a darme en la nariz. El golpe me dejó tirada en el suelo, sin sentido.

Al recobrar el conocimiento me encontré en la tienda de un comerciante. Un compasivo extraño se ofreció a llevarme a mi casa en un carruaje. Yo, sin darme cuenta de mi debilidad, le dije que prefería ir a pie. Los circunstantes no se imaginaban que la herida fuera tan grave, y consintieron en dejarme ir. Pero a los pocos pasos desfallecí, de modo

que mi hermana gemela y mi condiscípula hubieron de transportarme a casa.

No tengo noción alguna de lo que ocurrió por algún tiempo después del accidente. Según me dijo luego mi madre, transcurrieron tres semanas sin que yo diese muestras de conocer lo que me sucedía. Tan sólo mi madre creía en la posibilidad de mi restablecimiento, pues por alguna razón ella abrigaba la firme esperanza de que no me moriría.

Al recobrar el uso de mis facultades, me pareció que despertaba de un sueño. No recordaba el accidente, y desconocía la causa de mi mal. Se me había dispuesto en casa una gran cuna, donde yací por muchas semanas. Quedé reducida casi a un esqueleto.

Por entonces empecé a rogar al Señor que él me preparase para morir. Cuando nuestros amigos cristianos visitaban la familia, le preguntaban a mi madre si había hablado conmigo acerca de mi muerte. Yo entreoí estas conversaciones, que me conmovieron y despertaron en mí el deseo de ser una verdadera cristiana; así que me puse a orar fervorosamente por el perdón de mis pecados. El resultado fue que sentí una profunda paz de ánimo y un amor sincero hacia el prójimo, con vivos deseos de que todos tuviesen perdonados sus pecados y amasen a Jesús tanto como yo.

Muy lentamente recuperé las fuerzas, y cuando ya pude volver a jugar con mis amiguitas, hube de aprender la amarga lección de que nuestro aspecto personal influye en el trato que recibimos de nuestros compañeros.

Mi educación

Mi salud parecía irremediablemente quebrantada. Durante dos años no pude respirar por la nariz, y raras veces pude asistir a la escuela. Me era imposible estudiar y no podía acordarme de las lecciones. La misma muchacha que había sido causa de mi desgracia fue designada por la maestra como instructora de la sección en que yo estaba, y entre sus obligaciones tenía la de enseñarme a escribir y darme clases de otras asignaturas. Siempre parecía sinceramente contristada por el grave daño que me había hecho, aunque yo tenía mucho cuidado de no recordárselo. Se mostraba muy cariñosa y paciente conmigo, y daba indicios de estar triste y pensativa al ver las dificultades con que yo tropezaba para adquirir una educación.

Tenía yo un abatimiento del sistema nervioso, y me temblaban tanto las manos que poco adelantaba en la escritura y no alcanzaba más que a hacer sencillas copias con caracteres desgarrados. Cuando me esforzaba en aprender las lecciones, parecía como si bailotearan las letras del texto, mi frente quedaba bañada con gruesas gotas de sudor, y me daban vértigos y desmayos. Tenía accesos de tos sospechosa, y todo mi organismo estaba debilitado.

Mis maestras me aconsejaron que dejase de asistir a la escuela y no prosiguiese los estudios hasta que mi salud mejorase. La más terrible lucha de mi niñez fue la de verme obligada a ceder a mi flaqueza corporal, y decidir que era preciso dejar los estudios y renunciar a toda esperanza de obtener una preparación.

Capítulo 2

Mi conversión

En Marzo de 1840 el Sr. Guillermo Miller vino a Portland para dar una serie de conferencias sobre la segunda venida de Cristo. Estas conferencias produjeron grandísima sensación. La iglesia cristiana de la calle Casco, donde se las presentó, estuvo colmada de gente noche y día. No se produjo una conmoción alocada, sino el ánimo de cuantos las escucharon se sobrecogió solemnemente. Y el interés por el tema no sólo se despertó en la ciudad, sino que de toda la comarca llegaban día tras día multitudes que se traían la comida en cestos y se quedaban desde la mañana hasta que terminaba la reunión de la tarde.

Yo asistía a esas reuniones en compañía de mis amigas. El Sr. Guillermo Miller exponía las profecías con tal exactitud que llevaba el convencimiento al ánimo de los oyentes. Se extendía especialmente en la consideración de los períodos proféticos y presentaba muchas pruebas para reforzar sus argumentos; y sus solemnes y enérgicas exhortaciones y advertencias a quienes no estaban preparados, subyugaban por completo a las multitudes.

Primeras impresiones

Cuatro años antes de esto, en mi camino a la escuela, yo había recogido un trozo de papel en el que se mencionaba a un hombre de Inglaterra que estaba predicando en su país que la tierra sería consumida aproximadamente treinta años a partir de entonces. Yo llevé esa hoja de papel y se la leí a mi familia. Al considerar el acontecimiento predicho me vi

poseída de terror; parecía tan corto el tiempo para la conversión y la salvación del mundo. Me impresioné tan profundamente por el párrafo del trozo de papel, que apenas pude dormir durante varias noches, y oraba continuamente para estar lista cuando viniera Jesús.

Se me había enseñado que ocurriría un milenio temporal antes de la venida de Cristo en las nubes del cielo; pero ahora escuchaba el alarmante anuncio de que Cristo venía en 1843, a sólo breves años en lo futuro.

Un reavivamiento espiritual

Se empezaron a celebrar reuniones especiales para proporcionar a los pecadores la oportunidad de buscar a su Salvador y prepararse para los tremendos acontecimientos que pronto iban a ocurrir. El terror y la convicción se difundieron por toda la ciudad. Se realizaban reuniones de oración, y en todas las denominaciones religiosas se observó un despertar general, porque todos sentían con mayor o menor intensidad la influencia de las enseñanzas referentes a la inminente venida de Cristo.

Cuando se invitó a los pecadores a que dieran testimonio de su convencimiento, centenares respondieron a la invitación, y se sentaron en los bancos apartados con ese fin. Yo también me abrí paso por entre la multitud para tomar mi puesto entre los que buscaban al Salvador. Sin embargo sentía en mi corazón que yo no lograría merecer llamarme hija de Dios. Muchas veces había anhelado la paz de Cristo, pero no podía hallar la deseada libertad. Una profunda tristeza embargaba mi corazón; y aunque no acertaba a explicarme la causa de ella, me parecía que yo no era lo bastante buena para entrar en el cielo, y que no era posible en modo alguno esperar tan alta dicha.

La falta de confianza en mí misma, y la convicción de que era incapaz de dar a comprender a nadie mis sentimientos, me impidieron solicitar consejo y auxilio de mis amigos cristianos. Así vagué esterilmente en tinieblas y desaliento, al paso que mis amigos, por no penetrar en mi reserva, estaban del todo ignorantes de mi verdadera situación.

Justificación por la fe

El verano siguiente mis padres fueron a un congreso de los metodistas celebrado en Buxton, Maine, y me llevaron con ellos. Yo estaba completamente resuelta a buscar allí anhelosamente al Señor y obtener, si fuera posible, el perdón de mis pecados. Mi corazón ansiaba profundamente la esperanza de los hijos de Dios y la paz que proviene de creer.

Me alentó mucho un sermón sobre el texto: “Entraré a ver al rey... y si perezco, que perezca” (Ester 4:16) En sus consideraciones, el predicador se refirió a los que, pese a su gran deseo de ser salvos de sus pecados y recibir el indulgente amor de Cristo, con todo vacilaban entre la esperanza y el temor, y se mantenían en la esclavitud de la duda por timidez y recelo del fracaso. Aconsejó a los tales que se entregasen a Dios y confiaran sin tardanza en su misericordia, como Asuero había ofrecido a Ester la señal de su gracia. Lo único que se exigía del pecador, tembloroso en presencia de su Señor, era que extendiese la mano de la fe y tocara el cetro de su gracia para asegurarse el perdón y la paz.

Añadió el predicador que quienes aguardaban a hacerse más merecedores del favor divino antes de atreverse a apropiarse de las promesas de Dios se equivocaban gravemente, pues sólo Jesús podía limpiarnos del pecado y perdonar nuestras transgresiones, siendo que él se

comprometió a escuchar la súplica y a acceder a las oraciones de quienes con fe se acercan a él. Algunos tienen la vaga idea de que deben hacer extraordinarios esfuerzos para alcanzar el favor de Dios; pero todo cuanto hagamos por nuestra propia cuenta es en vano. Tan sólo en relación con Jesús, por medio de la fe, puede el pecador llegar a ser un hijo de Dios, creyente y lleno de esperanza.

Estas palabras me consolaron y me mostraron lo que debía hacer yo para salvarme.

Desde entonces vi mi camino más claro, y empezaron a disiparse las tinieblas. Imploré anhelosamente el perdón de mis pecados, esforzándome para entregarme por entero al Señor. Sin embargo me acometían con frecuencia vivas angustias, porque no experimentaba el éxtasis espiritual que yo consideraba como prueba de que Dios me había aceptado, y sin ello no me podía convencer de que estuviese convertida. ¡Cuánta enseñanza necesitaba respecto a la sencillez de la fe!

Alivio de la carga

Mientras estaba arrodillada y oraba con otras personas que también buscaban al Señor, decía yo en mi corazón: “¡Ayúdame, Jesús! ¡Sálvame o pereceré! No cesaré de implorarte hasta que oigas mi oración y reciba yo el perdón de mis pecados”. Sentía entonces como nunca mi condición necesitada e indefensa.

Arrodillada todavía en oración, mi carga me abandonó repentinamente y se me alivió el corazón. Al principio me sobrecogió un sentimiento de alarma, y quise reasumir mi carga de angustia. No me parecía tener derecho a sentirme alegre y feliz. Pero Jesús parecía estar muy cerca de mí, y me sentí capaz de allegarme a él con todas mis

pesadumbres, infortunios y tribulaciones, en la misma forma como los necesitados, cuando él estaba en la tierra, se allegaban a él en busca de consuelo. Tenía yo la seguridad de que Jesús comprendía mis tribulaciones y se compadecía de mí. Nunca olvidaré aquella preciosa seguridad de la ternura compasiva de Jesús hacia un ser como yo, tan indigno de su consideración. Durante aquel corto tiempo que pasé arrodillada con los que oraban, aprendí mucho más acerca del carácter de Jesús que cuanto hasta entonces había aprendido.

Una de las madres en Israel se acercó a mí diciendo: “Querida hija mía, ¿has encontrado a Jesús?” Yo iba a responderle que sí, cuando ella exclamó: “¡Verdaderamente lo has hallado! Su paz está contigo. Lo veo en tu semblante”.

Repetidas veces me decía yo a mí misma: “¿Puede ser esto la religión? ¿No estoy equivocada?” Me parecía pretender demasiado, un privilegio demasiado exaltado. Aunque muy tímida como para confesarlo abiertamente, yo sentía que el Salvador me había otorgado su bendición y el perdón de mis pecados.

“En novedad de vida”

Poco después terminó el congreso metodista y nos volvimos a casa. Mi mente estaba repleta de los sermones, exhortaciones y oraciones que habíamos oído. Durante la mayor parte de los días en que se celebró la asamblea, el tiempo estaba nublado y lluvioso, y mis sentimientos armonizaban con el ambiente climático. Pero luego el sol se puso a brillar esplendorosamente y a inundar la tierra con su luz y calor. Los árboles, las plantas y la hierba reverdecían lozanos y el firmamento era de un intenso azul. La tierra parecía sonreír bajo la paz de Dios. Así también los

rayos del Sol de justicia habían penetrado las nubes y las tinieblas de mi mente y habían disipado su melancolía.

Me parecía que todos debían estar en paz con Dios y animados de su Espíritu. Todo cuanto miraban mis ojos me parecía cambiado. Los árboles eran más hermosos y las aves cantaban más melodiosamente que antes, como si alabasen al Creador con su canto. Yo no quería decir nada, temerosa de que aquella felicidad se desvaneciera y perdiera la valiosísima prueba de que Jesús me amaba.

La vida tenía un aspecto distinto para mí. Veía las aflicciones que habían entenebrecido mi niñez como muestras de misericordia para mi bien, a fin de que, apartando mi corazón del mundo y de sus engañosos placeres, me inclinase hacia las perdurables atracciones del cielo.

Me uní a la Iglesia Metodista

Poco después de regresar del congreso, fui recibida, juntamente con otras personas, en la Iglesia Metodista para el período de prueba. Me preocupaba mucho el asunto del bautismo. Aunque joven, no me era posible ver que las Escrituras autorizasen otra manera de bautizar que la inmersión. Algunas de mis hermanas metodistas trataron en vano de convencerme de que el bautismo por aspersion era también bíblico. El pastor metodista consintió en bautizar a los candidatos por inmersión si ellos a conciencia preferían ese método, aunque señaló que el método por aspersion sería igualmente aceptable para Dios.

Llegó por fin el día de recibir este solemne rito. Éramos doce catecúmenos, y fuimos al mar para que nos bautizaran. Soplaban un fuerte viento y las encrespadas olas barrían la playa; pero cuando cargué esta pesada cruz, mi

paz fue como un río. Al salir del agua me sentí casi sin fuerzas propias, porque el poder del Señor se asentó sobre mí. Sentí que desde aquel momento ya no era de este mundo, sino que, del líquido sepulcro, había resucitado a nueva vida.

Aquel mismo día por la tarde fui admitida formalmente en el seno de la Iglesia Metodista.

Capítulo 3

Luchando contra la duda

De Nuevo llegué a sentirme muy ansiosa por asistir a la escuela y tratar una vez más de obtener una educación. Ingresé en un seminario de señoritas de Portland. Pero al tratar de proseguir mis estudios, mi salud decayó rápidamente, y llegó a ser evidente que si persistía en ir a la escuela, lo haría a expensas de mi vida. Con gran tristeza regresé a mi hogar.

Había encontrado muy difícil disfrutar de una experiencia religiosa en el seminario, rodeada por influencias calculadas para atraer la mente y distraerla de Dios. Por algún tiempo me sentí muy insatisfecha conmigo misma y con mi vida cristiana, y no sentía una convicción continua y viva de la misericordia y el amor de Dios. Me dominaban sentimientos de desánimo, y esto me causaba gran ansiedad mental.

La causa adventista en Portland

En junio de 1842, el Sr. Miller dio su segunda serie de conferencias en la iglesia de la calle Casco, en Portland. Yo sentía que era un gran privilegio para mí asistir a esas conferencias, pues estaba sumida en el desánimo y no me sentía preparada para encontrarme con mi Salvador. Esta segunda serie creó mucha mayor conmoción en la ciudad que la primera. Salvo pocas excepciones, las diferentes denominaciones le cerraron las puertas de sus iglesias al Sr. Miller. Muchos discursos, pronunciados desde diferentes púlpitos, trataron de exponer los supuestos errores fanáticos del conferenciante; pero multitudes de ansiosos oyentes

asistían a sus reuniones, y muchos eran los que no podían entrar en la casa donde se realizaban las conferencias. Las congregaciones guardaban inusitado silencio y prestaban gran atención.

La manera de predicar del Sr. Miller no era florida o retórica, sino que presentaba hechos sencillos y alarmantes, que despertaban a sus oyentes de su descuidada indiferencia. El apoyaba sus declaraciones y teorías con pruebas bíblicas a medida que progresaba en la exposición. Un poder convincente acompañaba sus palabras, y parecía darles el sello de un lenguaje de verdad.

Manifestaba cortesía y simpatía. Cuando todos los asientos en la casa estaban ocupados, y la plataforma y los lugares que circundaban el púlpito parecían atestados, lo he visto abandonar el púlpito, caminar por un pasillo y tomar algún hombre anciano y débil por la mano para encontrarle algún asiento. Luego regresaba y continuaba con su discurso. Con justa razón lo llamaban “el padre Miller”, porque cuidaba con interés a los que se colocaban bajo su ministerio, era afectuoso en sus modales y tenía una disposición cordial y un corazón tierno.

Era un orador interesante, y sus exhortaciones, dirigidas tanto a cristianos profesos como a personas impenitentes, eran poderosas y al punto. A veces sus reuniones respiraban una solemnidad tan pronunciada que hasta parecía penosa. Un sentido de la crisis inminente en los acontecimientos humanos impresionaba las mentes de las multitudes que lo escuchaban. Muchos se rendían a la convicción del Espíritu de Dios. Ancianos de cabello cano y mujeres de edad buscaban, con pasos temblorosos, los asientos ansiosos [destinados a los oyentes más fervorosos]; aquellos que se hallaban en el vigor de la madurez, los jóvenes y los niños, eran profundamente conmovidos. Los gemidos, la voz del

llanto y de la alabanza a Dios se mezclaban en el altar de la oración.

Yo creía las solemnes palabras pronunciadas por el siervo de Dios, y mi corazón se dolía cuando alguien se oponía o se burlaba. Asistía frecuentemente a las reuniones, y creía que Jesús vendría pronto en las nubes del cielo; pero mi ansiedad era estar preparada para encontrarlo. Mi mente se espaciaba constantemente en el tema de la santidad de corazón. Anhelaba por sobre todas las cosas obtener esta gran bendición, y sentir que yo había sido completamente aceptada por Dios.

Perplejidad sobre el tema de la santificación

Entre los metodistas había oído hablar mucho acerca de la santificación, pero no tenía ninguna idea definida sobre el asunto. Esta bendición parecía estar fuera de mi alcance, ser un estado de pureza que mi corazón jamás alcanzaría. Había visto a personas perder su fuerza física bajo la influencia de una poderosa excitación mental, y había oído que esa era la evidencia de la santificación. Pero no podía comprender qué era necesario hacer para estar plenamente consagrado a Dios. Mis amigos cristianos me decían: “¡Cree en Jesús *ahora!* ¡Cree que él te acepta *ahora!*” Trataba de hacerlo, pero hallaba imposible creer que había recibido una bendición que, a mi parecer, debía electrificar mi ser entero. Me preguntaba por qué tenía una dureza tal de corazón que no me permitía experimentar la exaltación de espíritu que otros sentían. Me parecía que yo era diferente de ellos, y que estaba privada para siempre del gozo perfecto de la santidad de corazón.

Mis ideas respecto de la justificación y la santificación eran confusas. Estos dos estados de la vida se me presentaban como cosas separadas y distintas la una de la otra; y sin

embargo no podía notar la diferencia de los términos o comprender su significado, y todas las explicaciones de los predicadores aumentaban mis dificultades. Me era imposible reclamar esa bendición para mí, y me preguntaba si la misma había de encontrarse sólo entre los metodistas, y si, al asistir a las reuniones adventistas no me estaba excluyendo a mí misma de aquello que deseaba por encima de todo: el Espíritu santificador de Dios.

Además observaba que los que aseveraban estar santificados manifestaban un espíritu acerbo cuando se introducía el tema de la pronta venida de Cristo. Esto no me parecía ser una manifestación de la santidad que profesaban poseer. No podía entender por qué algunos ministros se oponían desde el púlpito a la doctrina de que la segunda venida de Cristo estaba cercana. De la predicación de esta creencia había resultado una reforma, y muchos de los más devotos ministros y miembros laicos la habían recibido como una verdad. Me parecía que los que amaban a Jesús sinceramente estarían listos para aceptar las nuevas de su venida, y regocijarse en el hecho de que ella era inminente.

Sentía que yo podía reclamar tan sólo lo que ellos llamaban justificación. En la Palabra de Dios yo leía que sin santidad nadie podía ver a Dios. Existía, por lo tanto, alguna condición más elevada que yo debía alcanzar antes que pudiera estar segura de la vida eterna. Volví a estudiar el tema continuamente; pues creía que Cristo vendría pronto, y temía que pudiera hallarme sin preparación para encontrarme con él. Palabras de condenación resonaban en mis oídos día y noche, y mi clamor constante a Dios era: “¿Qué debo hacer para ser salva?”

La doctrina del castigo eterno

En mi mente la justicia de Dios eclipsaba su misericordia y su amor. La angustia mental por la cual pasaba en ese tiempo era grande. Se me había enseñado a creer en un infierno que ardía por la eternidad; y al pensar en el estado miserable del pecador sin Dios, sin esperanza, era presa de profunda desesperación. Temía perderme y tener que vivir por toda la eternidad sufriendo una muerte en vida. Siempre me acosaba el horroroso pensamiento de que mis pecados eran demasiado grandes para ser perdonados, y de que tendría que perderme eternamente.

Las horribles descripciones que había oído de almas perdidas me abrumaban. Los ministros en el púlpito pintaban cuadros vívidos de la condición de los perdidos. Enseñaban que Dios no se proponía salvar sino a los santificados; que el ojo de Dios siempre estaba vigilándonos; que Dios mismo llevaba los libros con una exactitud de infinita sabiduría; que cada pecado que cometíamos era registrado contra nosotros, y que traería su justo castigo.

Se lo representaba a Satanás como ávido de atrapar a su presa, y de llevarnos a las más bajas profundidades de la angustia, para allí regocijarse viéndonos sufrir en los horrores de un infierno que ardía eternamente, adonde, después de torturas de miles y miles de años, las olas de fuego impulsarían hacia la superficie a las víctimas que se contorsionaban, las cuales lanzarían agudos gritos preguntando: “¿Por cuánto tiempo, oh Señor, por cuánto tiempo más?” Entonces la respuesta resonaría como trueno por el abismo: “¡Por toda la eternidad!” Y de nuevo las llamas de fundición envolverían a los perdidos, llevándolos hacia abajo, a las profundidades de un mar de fuego siempre inquieto.

Mientras escuchaba estas terribles descripciones, mi imaginación era tan activa que comenzaba a traspasar, y me resultaba difícil contener un clamor de angustia, pues me parecía ya sentir los dolores de la perdición. Entonces el ministro se espaciaba sobre la incertidumbre de la vida: en un momento podríamos estar aquí, y el próximo momento en el infierno; o en un momento podríamos estar en la tierra, y el próximo momento en el cielo. ¿Escogeríamos el lago de fuego y la compañía de los demonios, o la bienaventuranza del cielo, teniendo a los ángeles por compañeros? ¿Queríamos oír los gemidos y las maldiciones de las almas perdidas por toda la eternidad, o entonar los cánticos de Jesús delante del trono?

Nuestro Padre celestial me era presentado como un tirano que se deleitaba en las agonías de los condenados; y no como el tierno y piadoso Amigo de los pecadores, que amaba a sus criaturas con un amor que sobrepujaba todo entendimiento, y deseaba salvarlos en su reino.

Cuando me dominaba el pensamiento de que Dios se deleitaba en la tortura de sus criaturas, que habían sido formadas a su imagen, un muro de tinieblas parecía separarme de él. Cuando reflexionaba en que el Creador del universo arrojaría al malvado al infierno, para que allí ardiera por los siglos interminables de la eternidad, mi corazón se sumergía en el temor, y perdía la esperanza de que un ser tan cruel y tiránico jamás condescendiera en salvarme de la condenación del pecado.

Pensaba que la condición del pecador condenado sería la mía, para soportar las llamas del infierno para siempre, por tanto tiempo como Dios existiera. Una oscuridad casi total me rodeaba, y parecía que no había forma de escapar a las tinieblas. Si me hubieran presentado la verdad como la entiendo ahora, me habrían ahorrado mucha perplejidad y

dolor. Si se hubieran espaciado más en el amor de Dios, y menos en su severa justicia, la hermosura y la gloria de su carácter me habrían inspirado a sentir un amor profundo y ferviente por mi Creador.

Capítulo 4

Comienzo de mis actividades públicas

Hasta entonces nunca había orado en público, y tan sólo unas cuantas tímidas palabras habían salido de mis labios en las reuniones de oración. Pero ahora me impresionaba la idea de que debía buscar a Dios en oración en nuestras reuniones de testimonios. Sin embargo, temerosa de confundirme y no poder expresar mis pensamientos, no me atrevía a orar. Pero el sentimiento del deber de orar en público me sobrecogió de tal manera que al orar en secreto me parecía como si me burlara de Dios por no haber obedecido su voluntad. El desaliento se apoderó de mí, y durante tres semanas ni un rayo de luz vino a herir la melancólica lobreguez que me rodeaba.

Sufría muchísimo mentalmente. Hubo noches en que no me atreví a cerrar los ojos, sino que esperé a que mi hermana se durmiese, y levantándome entonces despacito de la cama, me arrodillaba en el suelo para orar silenciosamente con una angustia muda e indescriptible. Se me representaban sin cesar los horrores de un infierno eterno y abrasador. Sabía que me era imposible vivir por mucho tiempo en tal estado, y no tenía valor para morir y arrostrar la suerte de los pecadores. ¡Con qué envidia miraba yo a los que se sentían aceptados por Dios! ¡Cuán preciosa parecía la esperanza del creyente en mi alma agonizante!

Muchas veces permanecía postrada en oración casi toda la noche, gimiendo y temblando con indecible angustia y tan profunda desesperación que no hay manera de expresarlas.

Mi ruego era: “¡Señor, ten misericordia de mí!”, y, como el pobre publicano, no me atrevía a levantar los ojos al cielo sino que inclinaba mi rostro hacia el suelo. Enflaquecí notablemente y decayeron mucho mis fuerzas, pero guardaba mis sufrimientos y desesperación para mí sola.

Sueño del templo y del Cordero

Mientras estaba así desalentada tuve un sueño que me impresionó profundamente. Soñé que veía un templo al cual acudían muchas personas, y tan sólo los que se refugiaban en él podían ser salvos al fin de los tiempos, pues todos los que se quedaban fuera del templo se perderían para siempre. Las muchedumbres que en las afueras del templo iban por diferentes caminos se burlaban de los que entraban en él y los ridiculizaban, diciéndoles que aquel plan de salvación era un artero engaño, pues en realidad no había peligro alguno que evitar. Además, detenían a algunos para impedirles que entraran en el templo.

Temerosa de ser ridiculizada, pensé que era mejor esperar que las multitudes se marcharan, o hasta tener ocasión de entrar sin que me vieran. Pero el número fue aumentando en vez de disminuir, hasta que, recelosa de que se me hiciese demasiado tarde, me apresuré a salir de mi casa y abrirme paso a través de la multitud. Tan viva era la ansiedad que tenía de verme dentro del templo, que no reparé en el número de los concurrentes.

Al entrar en el edificio vi que el amplio templo estaba sostenido por una enorme columna y que atado a ella había un cordero completamente mutilado y ensangrentado. Los que estábamos en el templo sabíamos que aquel cordero había sido desgarrado y quebrantado por nuestras culpas. Todos cuantos entraban en el templo debían postrarse ante el cordero y confesar sus pecados. Delante del cordero vi

asientos altos donde estaba sentada una hueste que parecía muy feliz. La luz del cielo iluminaba sus semblantes, y alababan a Dios entonando cánticos de alegre acción de gracias, semejantes a la música de los ángeles. Eran los que se habían postrado ante el cordero, habían confesado sus pecados y recibido el perdón de ellos, y aguardaban con gozosa expectación algún dichoso acontecimiento.

Aun después de haber entrado yo en el templo, me sentí sobrecogida de temor y vergüenza por tener que humillarme a la vista de tanta gente; pero me sentí obligada a avanzar, y poco a poco fui rodeando la columna hasta ponerme frente al cordero. Entonces resonó una trompeta. El templo se estremeció y los santos congregados dieron voces de triunfo. Un pavoroso esplendor iluminó el templo, y después todo quedó en profundas tinieblas. La hueste feliz había desaparecido por completo cuando se produjo el pasajero esplendor, y yo me quedé sola en el horrible silencio de la noche.

Desperté angustiada y a duras penas pude convencerme de que era un mero sueño. Me parecía que estaba determinada mi condenación, y que el Espíritu del Señor me había abandonado para siempre.

Visión de Jesús

Poco tiempo después tuve otro sueño. Me veía sentada con profunda desesperación, con el rostro oculto entre las manos, y me decía reflexionando: Si Jesús estuviese en la tierra iría a postrarme a sus pies y le manifestaría mis sufrimientos. El no me rechazaría. Tendría misericordia de mí, y yo le amaría y serviría por siempre.

En aquel momento se abrió la puerta y entró un personaje de un aspecto y un porte hermosos. Me miró

compasivamente y dijo: “¿Deseas ver a Jesús? Aquí está, y puedes verlo si quieres. Toma cuanto tengas y sígueme”.

Oí estas palabras con indecible gozo, y alegremente recogí cuanto poseía, todas las cositas que apreciaba, y seguí a mi guía. Me condujo a una escalera escarpada y en apariencia quebradiza. Al empezar a subir los peldaños el guía me advirtió que mantuviera la vista en alto, pues de lo contrario corría el riesgo de desmayar y caer. Muchos otros que trepaban por la escalera caían antes de llegar a la cima.

Y finalmente llegamos al último peldaño y nos detuvimos frente a una puerta. Allí el guía me indicó que dejase cuanto había traído conmigo. Yo lo depuse todo alegremente. Entonces el guía abrió la puerta y me mandó entrar. En un momento estuve delante de Jesús. No cabía error, pues aquella hermosa figura, aquella expresión de benevolencia y majestad, no podían ser de otro. Al mirarme él, yo comprendí en seguida que él conocía todas las vicisitudes de mi vida y todos mis íntimos pensamientos y emociones.

Traté de resguardarme de su mirada, pues me sentía incapaz de resistirla; pero él se me acercó sonriente y, posando su mano sobre mi cabeza, dijo: “No temas”. El dulce sonido de su voz hizo vibrar mi corazón con una dicha que no había experimentado hasta entonces. Estaba yo por demás gozosa para pronunciar palabra, y así fue como, profundamente conmovida, caí postrada a sus pies. Mientras que allí yacía impedida, presencié escenas de gloria y belleza que pasaban ante mi vista, y me parecía que había alcanzado la salvación y la paz del cielo. Por último, recobradas las fuerzas, me levanté. Todavía me miraban los ojos amorosos de Jesús, cuya sonrisa inundaba mi alma de alegría. Su presencia despertaba en mí santa veneración e inefable amor.